

LA HISTORIA I LA NOVELA¹²

El estudio de la historia es altamente provechoso, no solo para los estadistas, sino también para los literatos. Sus páginas contienen útiles lecciones para la dirección de las sociedades i el jermen fecundo de agradables o conmovedoras ficciones para el solaz de los hombres.

La historia es un oráculo que debe ser consultado con respeto en las ciencias políticas i morales, i una musa que puede dar abundantes inspiraciones en las materias destinadas solo al gusto i diversión.

La primera de estas proposiciones tiene la evidencia de un axioma.

En efecto, nadie puede negar la utilidad de la experiencia sin ponerse en pugna con la realidad de las cosas i con el sentido común. Pretender que el estudio de la historia es inútil para el acertado gobierno de las naciones, sería lo mismo que sostener que la memoria es inútil en la vida de los individuos.

La segunda proposición es igualmente verdadera.

La lectura de la historia no puede menos de ensanchar el espíritu, abriéndole horizontes inmensos. Es el viaje más curioso e instructivo que pueda hacerse por toda especie de rejiones, ya antiguas, ya modernas, ya bárbaras, ya civilizadas. En uno de los cuentos de *Las Mil i Una Noches* aparece una alfombra encantada que transportaba inmediatamente al que se colocaba en ella a donde quería ir sin otro trabajo que el desearlo. La historia tiene el privilegio raro o envidiable de permitir que un individuo cualquiera, sentado muellemente en una silla, o recostado en un sofá, pueda, sin hacer movimiento alguno, visitar las comarcas más lejanas durante el periodo antiguo o moderno que más le plazca. La historia realiza a cada momento para el lector el milagro de la ubicuidad, no solo en el espacio, sino también en el tiempo.

Ahora bien, ese trato continuo con personas de paisajes, épocas, religiones, razas i costumbres diferentes suministra a un autor los tipos más numerosos i variados. Gracias a este arbitrio, tiene a su vista, delante de su bufete, a todos los hombres que han hecho algún papel en el mundo desde los tiempos más remotos hasta nuestros días. Todos ellos están sujetos a su voluntad i discreción. Solo tiene que estirar la mano para

¹² Este texto fue recuperado y transcrito como parte del proyecto de investigación FONDECYT N° 11170327, del cual el autor es Investigador Responsable. La versión que presentamos preserva la ortografía literal original, confiados en que tal decisión no afectará mayormente la comprensión del texto; sin embargo, hemos optado por normalizar el uso de la tilde –muchas veces empleada arbitrariamente por los cajistas de la época según la disponibilidad de tipos en las imprentas– siguiendo las reglas ortográficas actuales. Agradezco a Roberto Osses por su experta colaboración en esta área. La corrección de las erratas existentes se indica con nota al pie.

tomar al que mejor le acomoda. En ese mercado inmenso, el jénero humano ofrece gratuitamente los más altos personajes al primero que quiera estudiarlos bajo cualquier aspecto, sin limitación alguna.

Siempre se ha recomendado la lectura atenta de los grandes maestros como un ejercicio mui conveniente para iniciarse en el arte de escribir. La historia puede prestar un servicio análogo. Examinad i escojed. Me parece que Dios es más creador que Homero i que Shakespeare en cuanto a caracteres orijinales, i que cualquiera puede imitar la obra del artista supremo sin ser por eso un plajiaro.

La historia se asemeja, no al espejo que reproduce la sombra del objeto, mientras está delante, sino a las planchas fotográficas que conservan la imagen estampada en ella. Presenta, por lo tanto, una galería de retratos que el observador puede copiar con la certidumbre de que han vivido.

A la verdad, un poeta que se limita a cantar sus impresiones individuales no necesita leer otro libro que su corazón para lograr su designio; pero el novelista, el dramaturgo i el poeta narrativo se encuentran en una situación diversa. Estos tienen precisamente que buscar argumentos en el mundo exterior. No hai duda que la observación personal i la propia imaginación pueden bastarles en muchos casos, pero siempre conviene que su espíritu se espacie más allá del estrecho círculo que alcanzan materialmente sus miradas. En los campos que recorre la inteligencia i que cultiva la pluma, no debe haber cercas i paredes divisorias, como en los terrenos que explota la industria, i que surca el arado.

El pasado encierra en sus polvorosos archivos curiosidades capaces de proporcionar sabroso entretenimiento a nuestros contemporáneos.

Los anales de cada pueblo contienen ciertos sucesos que por sus peripecias sorprendentes i sus catástrofes terribles se adaptan sin esfuerzo alguno a un molde poético. Unas pocas variaciones referentes a la forma más bien que la sustancia, i algunas agregaciones relativas a los accesorios más bien que a lo principal, bastan para convertirlos en novelas, dramas, trajedias, romances o epopeyas.

No ignoro que algunos críticos eminentes condenan en conjunto las composiciones de esta clase¹³ como el enjendo de un adulterio repugnante de la verdad i de la mentira; pero semejante opinión peca por lo exajerada i lo severa.

En este jénero, como en todos, hai bueno, malo i mediocre; i la existencia de lo malo i de lo mediocre no es un motivo que justifique la proscripción de lo bueno.

En las novelas i dramas históricos, no se trata de desfigurar la realidad, sino de exhibirla con las apariencias de la vida. Las relaciones mencionadas deben ser una resurrección del pasado, no una fantasmagoría arbitraria i caprichosa. Se da a la acción

¹³ “esta clases” en el original.

más movimiento, a la narración más viveza, para despertar el interés; pero no es lícito falsear los acontecimientos, ni adular los personajes que han intervenido en ellos.

La historia se asemeja en estas producciones a una mujer que se adorna con flores, perlas i brillantes para realzar su hermosura, pero que no debe ponerse jamás una máscara, siquiera de afeites, para reemplazar su rostro por otro diverso del que le corresponde.

Por lo demás, la cuestión está resuelta en la práctica. Los dramas de Shakespeare i las novelas de Walter Scott son i serán una protesta eterna contra una doctrina tan esclusiva. Es fácil asesinar a un individuo aun cuando sea el monarca más poderoso; pero es imposible destruir una obra maestra que la imprenta ha puesto en circulación.

No seamos tan rijidos. Estando la vida llena de sinsabores i molestias, no ceaguemos voluntariamente una fuente de placer que puede proporcionar a lo menos un momentáneo esparcimiento aun a las personas más serias.

Recuerdo haber oído a don Andrés Bello referir en cierta ocasión que había abandonado graves ocupaciones por haberse embebido en la lectura de *Los tres mosqueteros* de Alejandro Dumas. ¡Santo i permitido descanso en medio de tantos trabajos i fatigas!

Pero, quiero prescindir de las novelas i dramas históricos. Así, i con todo, sostengo que nuestras crónicas contienen semillas preciosas que el talento, ese sol del mundo intelectual, puede fecundar para convertirlas en plantas vigorosas i lozanas, eso es, en narraciones curiosas i entretenidas.

Más todavía.

Sostengo, aunque parezca una paradoja, que en la historia se encuentran argumentos aun para las novelas fantásticas, como que lo raro, lo estraño, lo inverosímil no siempre andan reñidos con lo real.

A fin de comprobar este aserto, voi a citar un suceso que he leído hace tiempo en una antigua crónica, pero cuya sustancia conservo en la memoria.

En 1657 se casó en la ciudad de Potosí don Jervasio de Larrea con una dama principal.

Los novios eran bellos i virtuosos, casi adolescentes.

Se amaban con delirio; pero estaban dominados por una exaltación relijiosa excesiva.

Sin darse una cuenta exacta de lo que hacían, en la noche de su unión, ofrecieron su amor como un holocausto a Dios, haciendo voto de castidad.

En su conciencia i su candor, quedaron persuadidos de que un ángel se había arrancado una pluma de las alas para escribir en el cielo con caracteres imborrables aquel santo propósito.

Pero si el espíritu determina, la carne tiene también sus exigencias.

A los pocos días, don Jervasio de Larrea se arrepentía del compromiso que había contraído en un rapto de místico fervor.

La hermosura sobrehumana de su esposa había operado una mudanza radical en sus resoluciones. Esa belleza, que deslumbraba a los estraños, enloquecía al marido, que vivía bajo el mismo techo i se sentaba a la misma mesa que su consorte.

Una tentación tan seductora de todos los instantes habría puesto en peligro la virtud de un anacoreta.

Estimulado por el fuego que le devoraba, don Jervasio de Larrea trató de que la joven quebrantara aquel voto temerario; pero todo su empeño fue inútil. En vano, ordenó como dueño, e imploró como amante; sus mandatos i súplicas se estrellaron ante una voluntad de bronce.

La devota doncella creía que la falta a que se la excitaba traería por consecuencia inevitable la condenación de ambos en la otra vida; i no se sentía con valor para comprar un momento de placer por una eternidad de tormentos. En torno de las cortinas del lecho conyugal, veía las llamas del infierno. Rehusaba acostarse en una hoguera.

Don Jervasio de Larrea había dicho en la noche de su enlace —«Puedo i no quiero». Ahora repetía con desesperación: —«Quiero, i no puedo».

El desgraciado caballero, atacado por una fuerte calentura, estuvo a dos dedos del sepulcro; pero al cabo, se levantó de la cama para tornar a su martirio, flaco, macilento, pálido como un espectro. La muerte le rechazaba también.

Muchos buscan una distracción a sus pesares en las emociones del juego, o en el sueño letárgico del vino. El convalesciente la buscó en los brazos de otra mujer.

Con el objeto de aplacar los hervores de su sangre, don Jervasio de Larrea tuvo una querida; pero las caricias pagadas no le dieron la calma apetecida. El deleite comprado a precio de oro le causó náuseas. La manceba no tuvo ni el arte, ni la seducción suficientes para proporcionarle, no digo el placer, pero ni siquiera el olvido.

Hai heridas incurables.

Mientras tanto, la pasión que don Jervasio de Larrea alimentaba hacía que no le perdiera movimiento ni pisada, i la siguiera a todas partes.

Cuando ella salía, él marchaba detrás como su sombra.

Cuando ella se encerraba en su cuarto, él le asechaba al través de las rendijas de la puerta.

Una voz interior le sugería sin cesar que aquella mujer lo traicionaba.

Desgraciadamente adquirió luego la certidumbre de que su conjetura era fundada.

Durante su espionaje, observó que un desconocido, embozado en una capa, i con el sombrero calado hasta las cejas, seguía a su mujer con intuición sospechosa.

Aquel galán misterioso la acompañaba todos los días a cierta distancia desde la puerta de la casa hasta la puerta de la iglesia, i volvía a dejarla desde la puerta de la iglesia hasta la puerta de la casa. Nunca entraba en el templo.

Al principio, la joven miró al desconocido con asombro, como si dijiera: —«¿Quién eres?»

En seguida, con el entrecejo fruncido, como si dijera: —«Me incomodas con tu presencia.»

Después, con una sonrisa afable i cariñosa, como si dijera: «—Somos amigos.»

Por último, con ojos húmedos i lánguidos, como si dijera: —«Te amo.»

A veces el embozado solía acercarse a la dama, i murmuraba a su oído una frase, que el infeliz marido no alcanzaba a entender. Probablemente: —«Te adoro.»

En otras ocasiones, el desconocido pasaba a la dama una cosa que el pobre hombre no podía distinguir; pero que ella recibía i ocultaba. Talvez un billete en que el infame le pedía una cita.

Don Jervasio de Larrea no quiso poner en el secreto de su desgracia a ningún amigo i a ningún criado.

No había necesitado de nadie para averiguar la verdad, i no necesitaba tampoco de nadie para vengarse.

Solamente, en previsión de lo que podía suceder, compró un puñal, que aguzó i afiló por su propia mano.

Aquel puñal fue su único confidente.

Una noche que la señora volvía de una distribución relijiosa, Larrea vio exasperado al amante entrar en su casa con una audacia inconcebible, seguir a su culpable esposa hasta dentro del aposento en que dormía, i encerrarse con ella.

El marido había contemplado todo aquello con sus propios ojos.

La hora del castigo había sonado.

Don Jervasio de Larrea se aproximó a la puerta del cuarto, bamboleante como si estuviera ebrio, i se puso a mirar por entre las juntas de las tablas lo que pasaba en el interior de la pieza.

El desconocido tenía a su mujer sentada en las rodillas; i aquella estatua de nieve, que nunca había querido recibir un beso de su esposo, admitía ahora con deleite inefable las caricias de su amante.

Una vela de sebo alumbraba aquella escena lúbrica.

El espectáculo de su deshonra trastornó la cabeza del desgraciado.

Don Jervasio de Larrea sacó su puñal, rompió la puerta, i sin decir palabra, cegado por la rabia, comenzó a descargar golpe tras golpe sobre los dos culpables.

No sintió más que un solo grito; i junto con oírlo, una sangre caliente bañó su mano, salpicó su cara, cubrió su vestido, empapó la alfombra.

Cuando se cansó de herir, el asesino quiso contemplar a sus víctimas.

La vela de sebo continuaba ardiendo en el candelero.

Su amarillenta luz alumbraba un cadáver horriblemente mutilado.

La joven estaba hecha pedazos a fuerza de puñaladas, i medio vestida, como que principiaba a desnudarse cuando la mano brutal de su marido no le había dejado otro lecho que el ataúd.

Don Jervasio de Larrea miró con estupor aquellos restos sangrientos de la mujer a quien tanto había amado; i acto continuo, se puso a buscar con ardor infatigable el otro cuerpo, el cuerpo del cómplice.

Rejistró la cama, examinó los muebles, inspeccionó los rincones, escudriñó cuanto había en el aposento.

Nada! Nada!

Su mujer estaba sola.

Los anales de América abundan en anécdotas de esta especie.

Enrique Rivière, uno de los redactores de la *Revue de Deux Mondes*, que suele escribir novelas fantásticas, no amplifica argumentos superiores.

Estoi cierto de que si nuestros injenios juveniles leyeran con detención las crónicas nacionales, encontrarían numerosos temas para bellísimos trabajos.

El tiempo guarda en su cajuela vieja mamotretos i cartapacios de alto interés para la literatura.

No solo las consejas i leyendas, las tradiciones i aventuras, los usos i costumbres de antaño, sino también los sucesos que han ocurrido i las personas que han intervenido en ellos, forman un tesoro inagotable para el autor que se propone pintar la vida en todas sus manifestaciones.

La lectura de la historia proporciona por sí sola el más agradable de los entretenimientos; i a esto se agrega que suministra provechosa enseñanza para el político, el filósofo i el literato.

La luz que ella derrama es como el fulgor de las estrellas, las cuales, al mismo tiempo que hermocean con su polvo de oro la bóveda celeste, sirven de faros al navegante i de numen inspirador al poeta.

El Ferrocarril

11 de enero de 1874